

LIBERTAD EN SU PALABRA

• VICENTE QUIRARTE



El nacimiento de un poeta mayor es uno de los hechos más notables para las raíces milenarias de la tribu. Tarde o temprano, cuando el tiempo lo dispone, su combate con las nubes se resolverá en lluvia que otorga sus bondades y excesos, sus calamidades y milagros. Escribir un poema en tiempos de miseria es una necesidad nunca suficientemente recompensada. Transformarse y transformar a los otros mediante los plenos poderes del lenguaje, es un hecho tan

estremecedor y secreto como la aparición de una nueva galaxia o el drama desatado en el fondo de los mares. Actividad sustentada en todos para que sus alucinados la descifren, la poesía es tan necesaria que olvidamos agradecerla como debíamos agradecer la nube, la ola y la caricia.

Gracias demos a los 84 años que Octavio Paz estuvo entre nosotros. Gracias demos a esa energía pasmosa, siempre en proceso de transformación, que supo tocar fibras decisivas de nuestro saber

y nuestro acontecer. Niño de la Revolución, hijo sentimental de la guerra civil española, militante de la parte más noble y rebelde de la vanguardia artística, hombre público que no transigió ante la ceguera y mezquindad de los mandarines, su vida estuvo dedicada al combate por la verdad y la belleza, esos dos principios que John Keats supo fundir en un solo anhelo. Se impuso la tarea de hacer de la poesía una herramienta para obtener la libertad, no a través de la prédica superficial, sino mediante la lenta y segura conquista de sí mismo,



Visita de Octavio Paz a la UANL, febrero de 1955. (Fotografía cortesía de Vida Universitaria y Centro de Difusión y Archivo Histórico de la UANL.)

y el diálogo apasionado y lúcido con los otros. La sonrisa de barro de una carita veracruzana o la noche estrellada que vuelve —insistente— a plantearnos el enigma de nuestra existencia, eran móviles que despertaban igualmente su curiosidad y ponían en funcionamiento su capacidad dialéctica, su don para traducir el mundo mediante una arquitectura verbal donde la belleza se hizo poderosa y el pensamiento ennobleció sus formas.

Octavio Paz nació dotado de las más altas capacidades que puede poseer un hombre de palabra. Antes de saberse joven, ya era consciente de que no bastaba ocupar el aire con esculturas perfectas o notas impecables. Era imperioso, además, animarlas en el escenario de la Historia; darles carne, huesos, vísceras, para que no cedieran ante el Apocalipsis que, una vez más, desbocaba sus potros en el mundo. Por eso su poesía está formada por varios sistemas planetarios, enriquecidos en la medida en que sus inquietudes iban en aumento.

Ante los que consideraba actos de barbarie o aquéllos que conducían a cualquier clase de totalitarismo,

OCTAVIO PAZ ERA MÁS QUE UN POETA, PERO SOBRE SU ESTATURA PÚBLICA Y SU ENORME INFLUENCIA INTELECTUAL, ERA UN POETA MAYOR QUE MODIFICÓ LA MANERA DE LEER EL MUNDO.

siempre supo hacerse de escuchar, aunque sus juicios contradijeran la opinión generalizada, o aquello que conviene decir para que las buenas maneras no se pierdan y el intelectual continúe siendo cómodo bufón del rey. No fue un hombre del sistema, porque el poeta auténtico debe ser, como quería Saint-John Perse, la mala conciencia de su tiempo. Amaba, sobre todas las cosas, la libertad, aunque para obtenerla hubiera que explorar horizontes inéditos. Por eso podía admirar tanto al marqués de Sade como al soldado caído en el frente de Aragón. Ambos buscaban, por diferentes vías, una forma más amplia de ser, de soñar y de sentir.



Octavio Paz y Raúl Rangel Frías en la UANL, febrero de 1955. (Fotografía cortesía de Vida Universitaria y Centro de Difusión y Archivo Histórico de la UANL.)

No deja de fortalecernos y devolvernos la fe en nuestra especie, que la muerte del poeta haya ocupado las ocho columnas de los periódicos. Por un instante, los medios de información dejaron de lado la conducta lamentable, vulgar y patética de algunos de nuestros políticos para centrarse en la partida de alguien que, con sus palabras, nos volvía más dignos y más fuertes. Naturalmente, Octavio Paz era más que un poeta, pero sobre su estatura pública y su enorme influencia intelectual, era un poeta mayor que modificó la manera de leer el mundo. Para circunscribirlo en el ámbito nacional, Octavio Paz, al igual que en su momento Altamirano, Gutiérrez Nájera, Alfonso Reyes o los Contemporáneos, hizo de la escritura un oficio respetable y difícil, una actividad que exigía el conocimiento de la tradición y la fuerza individual para transformarla. En la patria más grande del planeta, Octavio Paz fue nuestro más alto embajador, una garantía de que el lenguaje ligaba y religaba a los hombres, ya en la comunión secreta con la poesía, ya en la estimulante lid de la polémica.

Octavio Paz escribió algunos de los libros fundamentales del idioma y nos legó versos que ya forman parte no sólo de nuestra literatura, sino de nuestra vida. En algunos de sus poemas logró el infrecuente privilegio de enfrentar la totalidad del ser y compartir ese vértigo y esa plenitud. Pero además nos enseñó a leer poesía, a vivir la poesía, a ser en la poesía. Ningún otro escritor mexicano de nuestro siglo ha meditado tan hondamente sobre la palabra y su realización concreta en la vida del hombre. *El arco y la lira*, *Los hijos del limo* y *La otra voz* son títulos

dedicados al análisis de las distintas maneras en que el hombre ha establecido alianzas con el lenguaje en su más alta intensidad; más profundamente, son libros que quieren convencernos de la urgencia por hacer de la poesía una necesidad como respirar o rendirse a la *llama doble* del amor.

Como escritor que renovó y exploró las formas de decir, Octavio Paz experimentó diversos nacimientos. ¿En qué instante decisivo el poeta se plantó bajo el árbol revelador de los misterios, ése que lo llevó a comprender la dimensión de sus labores, la responsabilidad de su talento? Por consciente que el poeta sea de su trabajo, y Octavio Paz fue el primer y más exigente crítico de su obra, existe una zona cuyo conocimiento le está vedado. Y porque nos ha dejado el privilegio de descifrar misterios, conviene poner a prueba a nuestro poeta, situándolo frente al espejo del joven que habría de ser el padre de todo lo que vendría.

Me refiero al hombre de 25 años de edad que firma en la revista *Taller*, de abril de 1939, el ensayo “Razón de ser”. Se trata de un manifiesto generacional de alguien que anhelaba ardientemente “llevar a sus últimas consecuencias la Revolución, dotándola de un esqueleto, de coherencia lírica, humana y metafísica”. Pasa luego a hacer una afirmación demoledora y conmovedora: “La herencia no es un sillón sino un hacha para abrirse paso”. Eran los tiempos heroicos de la guerra civil española y es la etapa decisiva en la obra de Octavio Paz, cuando sale de México para comprenderlo

mejor. Cuando mi generación daba sus pasos iniciales y pronunciaba sus primeras palabras, en la década



de los cincuenta, Octavio Paz estaba en la plenitud de su madurez intelectual. Son los años de *El arco y la lira*, *El laberinto de la soledad*, *La hija de Rappaccini* y *Piedra de sol*, todas ellas obras provocadoras y transformadoras. No conforme con la fama merecida, seguro de que los laureles reverdecen sólo con la constancia transformadora, dio inicio a la exploración de sus otras vidas, consciente de que la realidad es más vasta que el tiempo que se nos concede estar, atónitos y plenos, frente a ella. En esa capacidad de cambiar y

explorar, de buscar y luchar, se halla el secreto de la perpetua juventud de Octavio Paz, traducida en un amoroso afán por devorar el mundo, en rebeldía ante los lugares comunes, la mentira y otros enemigos que retrasan la evolución del hombre.

Ante la orfandad de su partida, habremos de multiplicar los disfraces que maquillen, sin éxito, la realidad nunca agradable de la muerte. Pensemos mejor en que asistimos al nuevo nacimiento de Octavio Paz. Silenciada su voz por las leyes del tiempo, nos queda el privilegio de su espacio. Basta abrir el libro para dialogar con él, para purificar nuestra voz en el caudal rico y variado de la suya. Ahora, cada uno de nosotros leerá de otra manera el fragmento que lo estremeció en la adolescencia, o el libro que lo formó en otra etapa decisiva y necesaria de su vida. Olas enamoradas, saucos de cristal y chopos de agua, palabras que se inflaman en la noche para desembocar en la blancura, mariposas de obsidiana incrustadas en la carne del lenguaje, en el alma del cuerpo, tendrán un

EN ESA CAPACIDAD DE CAMBIAR Y EXPLORAR, DE BUSCAR Y LUCHAR, SE HALLA EL SECRETO DE LA PERPETUA JUVENTUD DE OCTAVIO PAZ, TRADUCIDA EN UN AMOROSO AFÁN POR DEVORAR EL MUNDO, EN REBELDÍA ANTE LOS LUGARES COMUNES, LA MENTIRA Y OTROS ENEMIGOS QUE RETRASAN LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE.

ser distinto, aunque fueran independientes desde el instante en que el poeta las lanzó en desbandada para hacerlas nuestras.

Una de las grandes lecciones de Octavio Paz fue enseñarnos a desconfiar de las hipérboles. Tengamos mucho cuidado de no aplicárselas, y de verlo en la dimensión justa, en su estatura de poeta y hombre de su tiempo. Leámosle apasionadamente, lúcidamente. La mejor riqueza que ya en vida nos había legado es estremecernos cada uno de

los instantes de nuestra existencia ante el milagro de nacer cotidianamente al misterio. Mientras nos sea concedido, sigamos dándole a la vida los múltiples sentidos inaugurados por su palabra, inextinguible como su siempre clara y siempre rebelde juventud.

Un Octavio Paz aún más joven que el citado anteriormente, escribió: “Yo quizá no haga nada, quizá fracase, pero quizá me realice en la poesía interior, en esa que apenas necesita escribirse, y en ti, soledad, que me irás revelando la forma de mi espíritu y la lenta maduración de mi ser”.

Gracias demos a Octavio Paz por haber sido fiel a este muchacho lleno de dudas y apetitos. Gracias por enseñarnos a distinguir la realidad de la apariencia, la pasión del capricho. Gracias por su lección permanente de resistencia y vocación. Por esa conjunción privilegiada, la voz del poeta es una herencia que el tiempo habrá de pulir con perfección y fuerza diamantinas. ●